



# TESTIMONIOS DE *IMITATIO ALEXANDRI* DE NAPOLEÓN BONAPARTE EN LA CAMPAÑA DE EGIPTO (1798)

## Testimonies of Napoleon Bonaparte's *imitatio Alexandri* in the Egyptian Campaign (1798)

Juan Ramón Carbó García

Universidad Católica San Antonio de Murcia. España

[jrcarbo@ucam.edu](mailto:jrcarbo@ucam.edu) | <https://orcid.org/0000-0001-8276-0502>

Fecha de recepción: 30/08/2022

Fecha de aceptación: 01/12/2022

Acceso anticipado: 18/12/2022

**Resumen:** Este estudio pretende analizar la Campaña de Egipto de Napoleón Bonaparte en 1798 desde la perspectiva de la *imitatio Alexandri*, a través de los testimonios directos de algunos de los participantes en la empresa militar y cultural encabezada por el joven general francés y comparando diversos episodios de la expedición y de la presencia francesa en Egipto con el referente de Alejandro Magno. Asimismo, se intenta demostrar que dicha *imitatio Alexandri* no es tan solo una convención, habitual en la literatura de la especialidad, cuando se estudian los modelos antiguos para Bonaparte, sino que, incluso en el mismo momento de la campaña, los franceses estaban convencidos de que su general en jefe pretendía emular la leyenda del macedonio en Egipto y Asia, a tenor de sus actos y declaraciones. Las fuentes estudiadas comprenden la correspondencia de la expedición de Egipto, así como las memorias de algunos de los participantes, incluyendo las del mismo Napoleón, y de otros personajes cercanos. El análisis pone de manifiesto que, tanto en la evocación del modelo histórico como en el desarrollo de hechos concretos, en la Campaña de Egipto podemos observar realmente muestras de *imitatio Alexandri*, pero también de rivalidad y de superación del modelo de Alejandro: por consiguiente, *aemulatio Alexandri*.

**Palabras clave:** Egipto; Napoleón Bonaparte; Alejandro Magno; *imitatio*; *aemulatio*; recepción.

**Abstract:** The aim of this paper is to analyse Napoleon Bonaparte's 1798 Egyptian Campaign from the perspective of the *imitatio Alexandri*, through the direct testimonies of some of the participants in the military and cultural enterprise led by the young French general and by comparing various episodes of the expedition and of the French presence in Egypt with the figure of Alexander the Great. It also attempts to show that this *imitatio Alexandri* is not just a convention, common in the literature in the field when studying ancient models for Bonaparte, but that, even at the time of the campaign, the French were convinced that their commanding general intended to emulate the Macedonian legend in Egypt and Asia, according to his actions and declarations. The sources studied include the correspondence of the Egyptian expedition, as well as the memoirs of some of the participants, including Napoleon himself, and other close associates. The analysis shows that, both in the evocation of the historical model and in the development of specific events, in the Egyptian Campaign we can indeed observe signs of *imitatio Alexandri*, but also of rivalry and the overcoming of Alexander's model: hence, of an *aemulatio Alexandri*.

**Keywords:** Egypt; Napoleon Bonaparte; Alexander the Great; imitation; *aemulatio*; reception.

**Sumario:** 1. Introducción; 2. Testimonios del propio Napoleón Bonaparte; 3. Testimonios de terceros recogiendo declaraciones de Napoleón Bonaparte; 4. Testimonios de terceros con impresiones sobre el modelo de Alejandro para Napoleón Bonaparte; 5. Conclusiones; 6. Fuentes; 7. Referencias bibliográficas.

## 1. INTRODUCCIÓN

La figura de Napoleón Bonaparte es una de las que ha hecho correr más ríos de tinta a lo largo de los últimos doscientos años de historia de la humanidad y se trata de uno de los personajes más conocidos de la historia universal. Su carácter polifacético en unos tiempos tumultuosos en Francia, en Europa y en el mundo, es posiblemente el causante del innegable atractivo de su figura: joven y brillante militar, soñador con una ambición sin límites, legendario estratega, conquistador, tirano imperial, amante, legislador, déspota ilustrado, megalómano... Si a todo ello le sumamos el carácter épico de muchas de sus victorias y de sus derrotas, así como su destierro, su regreso y su derrota final, seguida por un segundo y definitivo destierro aún más lejos de Francia, con su muerte en cautiverio, quizás envenenado, tenemos casi todos los ingredientes necesarios para convertirlo en leyenda: solo faltaría añadir algo de exotismo. Y ese rasgo lo podemos ver de forma especial en la Campaña de Egipto, que emprendió en 1798, cuando tenía 29 años de edad.

Ciertamente, podemos observar características similares en otros personajes legendarios de la historia de la humanidad, igualmente polifacéticos. En este sentido, Napoleón<sup>1</sup> adoptó varios modelos y referencias culturales, tomados de la

---

<sup>1</sup> A lo largo de estas páginas, se ha favorecido el uso del nombre propio, Napoleón, cuando nos referimos a su figura en sentido histórico amplio, dado que él mismo se denominó así desde

Antigüedad, como inspiración y para transmitir en ocasiones expresiones de poder, de conquistas militares y de buen gobierno, llegando casi hasta la deificación de su figura: Alejandro Magno, Aníbal, Augusto... La aproximación de Napoleón a la Antigüedad se basó precisamente en la Campaña de Egipto, que fue, por un lado, una expedición militar, por otro, un experimento político y, en tercer lugar, una empresa cultural, de forma simultánea. Napoleón era consciente de que la Antigüedad constituía una categoría cultural enormemente amplia, al igual que muy diversa en su variedad, y que podía ser adaptada a cualquier necesidad y uso. A lo largo de su vida, desarrolló lo que ha sido denominado como una «arqueología de las imágenes del poder» (Mínguez Cornellés y Rodríguez Moya, 2014), con una corte de intelectuales orgánicos cercanos al poder que llevaron a efecto la apropiación de modelos, figuras, símbolos, referentes y conceptos del pasado antiguo —el águila, la corona de laurel, las insignias de poder, la desnudez heroica, los arcos de triunfo, la Columna de Trajano<sup>2</sup>...—, con la finalidad de usarlos para crear una abultada serie de retratos, decoraciones, referencias y construcciones que habrían de servirle para la legitimación de su régimen imperial, que fundamentalmente se apoyaba en el poderío militar para su existencia<sup>3</sup>.

La visión de un imperio sin límites, así como su imagen de grandeza militar, conducen inevitablemente a la vinculación de Napoleón con uno de los modelos antiguos mencionados, Alejandro Magno (Gracia-Alonso, 2017). En concordancia con lo que muchos otros líderes militares habían hecho antes que él, incluido Julio César, se ha asumido que Napoleón habría realizado de forma natural la denominada habitualmente como *imitatio Alexandri*<sup>4</sup>.

---

el momento de su coronación como emperador de los franceses, mientras que se ha preferido el uso de su apellido, Bonaparte, cuando nos referimos de forma más concreta a la Campaña de Egipto, dado que de esa manera se le conocía entonces.

<sup>2</sup> Luis XIV encargó unos calcos sobre la Columna de Trajano, que llegaron a París en 1671 y que fueron utilizados por diversos artistas franceses como fuente de inspiración e imitación. No obstante, fue durante el reinado de Napoleón cuando se erigió su imitación más conocida y original: la Columna Vendôme de París, diseñada por Vivant Denon —director de la misión artística de la expedición de Bonaparte a Egipto— y levantada para celebrar un imperio y un emperador, así como sus victorias militares y conquistas. Recientemente, para conmemorar en 2021 el doble centenario de la muerte de Napoleón, se organizó en Roma, en el Mercado de Trajano - Museos de los Foros Imperiales, la exposición «Napoleone e il mito di Roma». Ver Parisi Presice, Bernacchio y Munzi, 2021.

<sup>3</sup> Sobre el funcionamiento del análisis de objetos de apropiación histórica, agentes, métodos de apropiación, finalidad y beneficiarios o receptores, ver Carbó García, 2015.

<sup>4</sup> Sobre aspectos de la *imitatio Alexandri* en general, ver Heuss, 1954; Nenci, 1958; Goukowsky, 1978; Frugoni, 1978; Goukowsky, 1981; Nenci, 1992; De Polignac, 1998; Gómez Espelosín, 2015; Mínguez Cornellés, Rodríguez Moya (en prensa). Para el mundo helenístico, ver Bohm, 1989. Para Aníbal Barca, ver San José Campos, 2020. Para la época romana en general, ver Bruhl, 1930; Ceaușescu, 1974; Braccesi, 1975; Wirth, 1976; Grilli, 1984; Guzmán, 1995; Spencer, 2002; Tisé,

A la hora de investigar las evidencias y sus interpretaciones contemporáneas, debemos partir de unas guías historiográficas que puedan ayudarnos a comprobar si la similitud entre Alejandro y Bonaparte en Egipto pertenece más bien al ámbito de la retórica que a la historia. La mayor parte de la historiografía citada sobre la *imitatio Alexandri*, y especialmente la más antigua, no establecía una suficiente distinción entre los personajes que se comparaban a sí mismos con Alejandro del hecho de que fuera otra fuente particular la que estableciera dicha comparación con el macedonio. Teniendo en cuenta la necesaria búsqueda de los modelos existentes a seguir, quizá la *imitatio* parece ser aceptada con demasiada facilidad y sin crítica, como una condición natural de la humanidad. Asumir sin más que Bonaparte debe de haber imitado a Alejandro es muy cuestionable, dado que, de entrada, subestima el terco individualismo del primero; pero, además, tiene el efecto de distraer nuestra atención de otras posibles fuentes de influencia que pudieron haberle afectado más profundamente, como las ya mencionadas unas líneas más atrás.

Tal y como hemos visto, al establecer las categorías necesarias, debemos realizar la principal distinción entre la *imitatio* descrita por el mismo imitador o auto-atribuida, y la *imitatio* que resulta percibida o deducida por terceros (Richardson, 1974, p. 238), que en realidad deberíamos denominar, de manera más apropiada, como *comparatio*. Ciertamente, las reclamaciones de imitación realizadas por el mismo protagonista o por otras personas, en su nombre, son testimonios más relevantes, pero también mucho más infrecuentes y bastante más complicados de analizar, dado que sus propias aseveraciones, así como las acciones y declaraciones que le han sido atribuidas deben ser analizadas en función de su motivación y de su credibilidad. Dentro de esta categoría, debemos distinguir entre el intento consciente de copiar un modelo de excelencia —la *imitatio*, propiamente dicha—, y el esfuerzo de rivalizar con ese modelo o incluso superarlo, sin que ello implique necesariamente imitarlo, y que denominaríamos más bien *aemulatio*. Por último, podemos encontrar un campo de difícil atribución a alguna de las tres categorías mencionadas, en el que la aparente *imitatio* resulta ser en realidad adulación —o

---

2002; Barnett, 2017. Para la época romana republicana en concreto, ver Michel, 1967 (Pompeyo, Julio César y Marco Antonio); Weippert, 1972; Richard, 1974 (Pompeyo); Green, 1978 (Julio César); Greenhalg, 1980 (Pompeyo); Ballesteros Pastor, 1998 (Lucio Licinio Lúculo); Torregaray Pagola, 2003 (Escipión); Amela Valverde, 2006-2008 (Pompeyo); Ogden, 2009 (Escipión y Octavio). Para la época romana imperial, ver Treves, 1953 (Augusto); Kienast, 1969 (Augusto); Alessandri, 1969 (Augusto); Zecchini, 1984 (emperadores Antoninos); Cracco-Ruggini, 1986; Castritius, 1987 (Augusto y Caracalla); Van T’Dack, 1986-89 (Alejandro Severo); Blázquez Martínez, 1990 (Alejandro Severo); Espinosa, 1990 (Caracalla); Plácido, 1990; Sánchez León, 1990; Baharal, 1994 (Caracalla); Bancalari Molina, 2000 (Caracalla); Sánchez León, 2000; Requena Jiménez, 2001 (Alejandro Severo); Galli, 2003; Grimm, 2006 (Caracalla); Bancalari Molina, 2007 (Caracalla); Carbó García, Hidalgo de la Vega, 2008 (Trajano); Molina Marín, 2015 (Caracalla). Para la *imitatio Alexandri* en el ámbito persa, entre los Arsácidas y Sasánidas, ver Daryae, 2007.

propaganda crítica— por parte de terceros con intereses. Para estos casos, es evidente que el análisis de la motivación adquiriría gran relevancia (Green, 1978, 2).

Para poder valorar la aplicación de esas categorías, los testimonios que consideraremos a continuación —correspondencia del ejército de Egipto, las memorias de algunos de los participantes en la expedición o personajes cercanos a Napoleón, o la correspondencia y las memorias de este— arrojarán luz sobre la cuestión, junto con los hechos acontecidos y las declaraciones contrastadas. La Campaña de Egipto provocó una oleada de memorias de todos los grupos que participaron en ella o que estuvieron relacionados, directa o indirectamente. En esos casos, la fiabilidad queda sujeta a la memoria y a las motivaciones de unos u otros, como sucede con las memorias del propio Napoleón, escritas ya en su exilio en Santa Helena, cuando quería dar una imagen de la historia tal y como él la veía, y que hacen que deba ser contrastada con otras fuentes primarias<sup>5</sup>. Por otro lado, mayor nivel de fiabilidad encontraremos en su correspondencia durante la campaña, publicada cuarenta años después de su muerte, y cuyos volúmenes 4-6 están dedicados a la expedición egipcia.

Por las características de este artículo, la falta de espacio y la necesaria originalidad, en ningún caso nos hemos planteado realizar una presentación, siquiera somera, de la sobradamente conocida historia de la Campaña de Egipto de Bonaparte, por lo que nos remitimos a las fuentes y la bibliografía más significativas sobre esta cuestión<sup>6</sup>.

## 2. TESTIMONIOS DEL PROPIO NAPOLEÓN BONAPARTE

La idea de que Francia conquistara Egipto es más antigua. El 16 de marzo de 1672, Leibniz, al servicio del Elector de Maguncia, ejerciendo como diplomático

<sup>5</sup> Por otro lado, existen otros tipos de fuentes, como la prensa o la iconografía, que podrían ser útiles para rastrear la importancia del modelo de Alejandro en Napoleón, pero que escapan a las pretensiones y alcance inmediato de este estudio, que se centra solamente en fuentes creadas en el período napoleónico, ya sea durante la misma expedición egipcia, en el caso de la correspondencia, o en las memorias de los diferentes actores, ya fueran publicadas de forma inmediata en los años posteriores a la caída definitiva de Napoleón, o se mantuviesen como fuentes inéditas durante un tiempo y fueran publicadas décadas más tarde, como iremos viendo, con sus respectivas problemáticas. Sobre las características de las memorias y las dificultades que presentan para el análisis, ver Dwyer, 2015.

<sup>6</sup> Como fuentes principales, algunas de ellas de publicación póstuma: Berthier, 1800; Denon, 1802; Martin, 1815; Saintine y Reybaud, 1830-1834; Turc, 1839; El-Djabarti, 1888-1896; Jonquière, 1899-1907; Bernoyer, 1976. En cuanto a la bibliografía más destacada: Charles-Roux, 1910; Charles-Roux, 1935; Elgood, 1936; Herold, 1962; Thiry, 1978; Tranié, 1988; Laurens, Gillispie, Golvin, 1989; Brégeon, 1991; Bainville, 1997; Bernède, Chaduc, 1998; Brégeon, 1998; Bret, 1998; Laissus, 1998; Murat, Weil, 1998; Nolin, 1998; Bret, 1999; Solé, 2001; Solé, 2006; Cole, 2007; Dwyer, 2007; Strathern, 2009; Lentz, 2016; Boudon, 2018.

ante la corte de Luis XIV en Versalles, le escribió al rey francés proponiéndole dicho plan, con unas palabras que parecen, realmente, un programa de lo que intentará más de cien años después Bonaparte<sup>7</sup>. El duque de Choiseul la había recogido y había aconsejado a Luis XV en 1769 que la llevase a cabo, pocos años después de la finalización de la Guerra de los Siete Años —anecdóticamente, el mismo año del nacimiento de Bonaparte—; y Antoine de Sartine, conde de Alby, le insistió a Luis XVI sobre la cuestión, utilizando argumentos parecidos a los de Leibniz, pero adaptándolos a las circunstancias del momento: desde la guerra, el rival más peligroso ya no era Holanda, sino la Gran Bretaña, y el poderío otomano en Oriente —y en Egipto— había comenzado su declive (Benoist-Méchin, 1966, pp. 12-20).

Antes de partir hacia Egipto —destino que era altísimo secreto en Francia—, durante los preparativos de la campaña, el joven general en jefe, que por entonces contaba con veintinueve años, manifestó su interés en, llegado el caso, estar en posición de poder ir más allá, hacia Oriente, hacia la India. Para esa eventualidad, Bonaparte le envió una nota al Directorio, fechada el 14 de abril:

Querría llevar conmigo al ciudadano Piveron, que fue durante muchos años el agente del rey en la corte de Tippoo Sahib. Deberíamos intentar introducirlo en la India para que nos pueda enviar informes sobre la situación allí (Napoleón, 1819-1820, vol. 4, p. 63)<sup>8</sup>.

Tippoo Sahib era el sultán de Mysore, musulmán y enemigo acérrimo de los británicos en la India: tanto, que se había acercado a los franceses y había abrazado algunos de los ideales revolucionarios: plantó un Árbol de la Libertad en su capital, Seringapatam, fundó un Club Jacobino que pedía la muerte para todos los tiranos y el derrocamiento de los gobernantes no elegidos (con la conveniente excepción del propio Tippoo Sahib) e incluso envió en enero de 1798 una delegación a isla Mauricio para intentar que los franceses les prestaran ayuda contra los británicos.

Ciertamente, puede parecer una fantasía de Bonaparte, pero veremos que a este testimonio temprano se le van uniendo otros, no solo suyos, sino de otras personalidades. De entrada, según recoge en sus memorias, en el momento de arribar a las costas de Egipto, antes de desembarcar las tropas, hizo distribuir en los diferentes barcos de su flota una proclama dando indicaciones estrictas de cómo com-

---

<sup>7</sup> Leibniz, 1864, p. 1: «Quiero hablaros, Señor, de la conquista de Egipto. De todas las regiones del globo, Egipto es la mejor situada para lograr el imperio del mundo y de los mares. La navegación para llegar allí no es muy difícil... Separada del interior del país por inmensos desiertos, apenas puede recibir refuerzos por tierra. La posición de Egipto abrirá una rápida comunicación con las ricas regiones de Oriente; ligará el comercio de las Indias al de Francia y abrirá a grandes capitales el camino para realizar conquistas dignas de Alejandro».

<sup>8</sup> A menos que se indique lo contrario, todas las traducciones al español de los textos originales franceses son del propio autor del artículo.

portarse con la población local y que, además, nos da una idea de lo que pretendía hacer (o de lo que creía que estaba haciendo):

¡Soldados! Estáis a punto de embarcaros en una conquista que cambiará el mundo. Sus efectos sobre la civilización y el comercio mundial serán incalculables. Estáis a punto de descargar contra Inglaterra el golpe más certero y duro que pueda soportar, hasta que llegue el día en que podáis descargar el golpe que acabe con ella (Napoleón, 1863, p. 182).

¿Golpe contra Inglaterra? Por supuesto, en aquellos momentos, tiene buen cuidado de no expresar abiertamente el alcance de sus objetivos, pero no cabe duda de que, con esas palabras, está manifestando lo que estaba en su mente, la idea de una posterior campaña contra la India, en la línea de lo apuntado más arriba. El rumbo le hacía imitador de Alejandro; la posibilidad de llegar a la India por esa ruta y expulsar de allí a los británicos le hacía emulador, al plantearse su superación. Para dejar el terreno de los «sueños» y bajar al contexto histórico de la realidad, no debemos olvidar los proyectos preexistentes de Leibniz, Choiseul o Sartine, ni que llegar a la India supondría además restaurar la soberanía francesa en la zona, después de que, 35 años antes, en la Guerra de los Siete Años (1756-1763), Francia hubiese perdido su incipiente imperio indio a manos de la Gran Bretaña.

Como decíamos, Bonaparte, en la mencionada proclama para sus tropas, les recomendaba que tuvieran la misma tolerancia religiosa que ya habían tenido en las campañas en Italia. Y aludía a que la primera ciudad que encontrarían en su camino había sido construida por Alejandro Magno, la Alejandría egipcia:

La gente con la que nos vamos a encontrar son mahometanos. Su primer artículo de fe es: «No hay más dios que Dios, y Mahoma es su profeta». No les contradigáis. Actuad con ellos de la misma forma que actuamos en la campaña italiana con los judíos y los italianos. Mostrad respeto por sus muftís y sus imanes, de la misma forma que habéis respetado a los rabinos y a los obispos. Mostrad el mismo respeto para las ceremonias prescritas en el Corán que deben realizarse en las mezquitas, como el que mostrasteis hacia los conventos y sinagogas, hacia la religión de Moisés y la religión de Jesucristo. Las legiones romanas protegieron todas las religiones.

Entre esa gente encontraréis costumbres que no se pueden encontrar en toda Europa. Os tendréis que acostumbrar a ellas. La gente en los países a los que vamos a ir tratan a sus mujeres de forma muy diferente a como lo hacemos nosotros; sin embargo, en todos los países, cualquier hombre que viola a una mujer es un monstruo. El saqueo solo enriquece a unos pocos. Pero nos deshonorra a todos, destruye nuestros recursos, y convierte en enemigos a todas las personas que es de nuestro interés tener como amigas. La primera ciudad que veremos fue construida por Alejandro Magno. A cada paso de nuestro camino encontraremos testimonios de hechos que deben servir de modelos de emulación para un francés (Napoleón, 1863, p. 182).

Aquí, Bonaparte se fija en la forma en que Alejandro condujo su campaña de conquista del Imperio Persa. El macedonio intentaba absorber, no aniquilar. Manifestaba el respeto de las costumbres de los pueblos conquistados y Bonaparte, a tenor de las palabras que dirige a su ejército en esta proclama, parece muy decidido a que se comporten de forma similar.

Según el mismo Bonaparte, a su llegada a Egipto en junio de 1798, pretendía distribuir también entre la población egipcia una proclama que había hecho traducir al árabe y con la cual pretendía evitar el enfrentamiento armado con los egipcios, al mismo tiempo que se mostraba como libertador del yugo mameluco, de forma bastante similar a Alejandro, cuando este se presentó en Egipto como liberador del yugo de la dominación persa y, tras la visita al oráculo de Siwa, como hijo de Amón:

En el nombre de Alá el Misericordioso... Pueblo de Egipto, se os ha dicho que vengo como enemigo del Islam. Eso es mentira... He venido a restaurar vuestros derechos y a castigar a los que os oprimen... Yo adoro a Dios más que vuestros opresores; respeto a Mahoma, su profeta, y al santo Corán... Los franceses son también verdaderos musulmanes. La prueba de ello está en el hecho de que han marchado contra Roma y han destruido el trono del Papa, que incita constantemente a los cristianos para que les hagan la guerra a todos los musulmanes... (Napoleón, 1819-1820, vol. 4, pp. 191-192).

Ciertamente, la Francia nacida de la Revolución se contemplaba en el espejo como la imagen de la liberadora de toda la humanidad. Sus soldados, inspirados por los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, habían derrotado ejércitos de distintos reyes y príncipes europeos. Dicha imagen persistió durante toda la etapa del Directorio y Bonaparte siguió cultivándola en Egipto, aunque fuera para sus objetivos personales: los franceses habían llegado allí para liberar a los egipcios de la opresión ejercida por los tiranos mamelucos (Strathern, 2009, p. 148). Una parte interesante de esta «liberación» sería el caso de las concubinas y servidoras de los palacios de los beys mamelucos, dejadas atrás cuando estos huyeron de El Cairo, y que jugarán su papel en relación con la reacción de las mujeres en la ciudad ante la llegada de los franceses y cómo esto afectó también a los hombres egipcios desde la perspectiva de la moral musulmana, un aspecto que podremos ver en apartados ulteriores de nuestro estudio:

Los beys nos han dejado numerosas y bellas mujeres armenias y georgianas, a las que hemos requisado por el bien de la nación (Napoleón, 1819-1820, vol. 4, pp. 137-138).



Tras la Batalla de Aboukir<sup>9</sup> —Batalla del Nilo, para los vencedores británicos—, en la que la escuadra francesa que había transportado a los franceses a Egipto fue casi totalmente aniquilada, el cuerpo expedicionario de Bonaparte quedó aislado de Francia. En ese contexto, al recibir las noticias de la derrota casi quince días después, Bonaparte vio reforzado su objetivo de construir un imperio en tierra, pese al control británico del mar Mediterráneo. En sus memorias, recoge el discurso que dirigió a la oficialidad y al resto de sus hombres, deprimidos por su situación, unas palabras que pone en su propia boca:

De esta manera, ahora estamos obligados a lograr grandes cosas, y lograrlas con determinación. Estamos obligados a fundar un gran imperio y a hacerlo con determinación. El mar, que no dominamos, nos separa de nuestra patria; pero ningún mar nos separa de África o de Asia. Aquí estamos muchos de nosotros: no van a faltar hombres que puedan ser reclutados para gobernar el lugar, y no nos va a faltar munición, que, si es necesario, la pueden manufacturar [los sabios y los ingenieros] (Napoleón, 1863, p. 457).

Frecuentemente, en sus memorias, Bonaparte reescribe la realidad a su favor, pero más adelante tendremos la oportunidad de ver cómo otros de los presentes también reflejaron en sus propias memorias el mismo planteamiento en el que se hacían oír ecos de la Antigüedad. Bonaparte se veía reproduciendo los pasos de su gran referente histórico:

Cuando Alejandro llegó a Egipto, corrieron hacia él, saludando a este gran hombre como su liberador. Cuando marchó durante quince días por el desierto, desde Alejandría al Templo de Amón, y fue declarado hijo de Júpiter por los sacerdotes, demostró que comprendía a esa gente: jugó con sus inclinaciones más profundas, que era su religión. Esto hizo más para asegurar su conquista que si hubiera construido veinte castillos y estacionado cien mil tropas macedonias (Napoleón, 1863, p. 478).

Desde el principio, había comprendido que solamente podría aspirar a gobernar Egipto con la ayuda del Islam. Bonaparte buscó obtener las bendiciones de los líderes religiosos musulmanes, como sello de legitimidad de su empresa en Egipto, y se aproximó a ellos con extrema diplomacia, haciendo uso de su inteligencia y su carisma personal, pues, aunque se presentase como liberador de Egipto, al igual que Alejandro, como mínimo en los primeros momentos, el éxito de la empresa dependería de su apego a los principios musulmanes, manteniendo intacta la estructura islámica de la sociedad.

<sup>9</sup> No confundir con las dos batallas terrestres de Abukir, en 1799 y 1801.

Al llegar a El Cairo, Bonaparte estableció un *divan* para gobernar la ciudad, formado por nueve jeques, con un comisionado francés y dos de los sabios de la expedición que hablaban árabe, encargados de hacer las funciones de traductores. Tenían que reunirse todos los días y Bonaparte esperaba que se encargase de la gestión urbana en las cuestiones más básicas, como el funcionamiento de la policía y los servicios funerarios. En una carta al general Kléber, manifiesta su intención encubierta:

Al ganarme la opinión de los principales jeques de El Cairo, uno obtiene el apoyo de todo el pueblo de Egipto y de cualquier jefe que esa gente pueda tener. Nadie es menos peligroso para nosotros que los jeques, que son tímidos, no tienen ni idea de luchar y estiman a todos los clérigos que inspiran fanatismo, aunque ellos no sean fanáticos (Napoleón, 1819-1820, vol. 5, p. 574).

Pero los jeques del *divan* se resistieron a todos los intentos para que asumieran cualquier tipo de responsabilidad en el gobierno de la ciudad, aduciendo que las decisiones que se les pedían debían ser exigidas a los mamelucos o a los turcos, pero no a ellos. Sencillamente, no entendían ni el concepto ni la función de semejante consejo de gobierno. Habían sido gobernados durante tanto tiempo por los beys mamelucos que les resultaba desconocido el funcionamiento de las discusiones de la administración diaria. Ninguno de los jeques tenía intención de expresar o discutir abiertamente sus ideas sobre cuestiones administrativas. Ciertamente, Bonaparte pretendía solamente que el *divan* fuera expresión de la opinión pública y que tuviera un papel en el inicio de un gobierno popular en el país, pero el fallo se produjo en la misma base: en Egipto, donde no existía el concepto de democracia en una población privada de cualquier tipo de libertad durante siglos, no existía nada que se pareciera a una opinión pública, salvo una inclinación colectiva de carácter cultural-religioso hacia la sospecha instintiva dirigida a los extranjeros e infieles, un polvorín esperando su estallido.

Napoleón, refiriéndose a sí mismo en tercera persona en sus memorias —cual Julio César, en este caso—, habla igualmente de estas maniobras:

Quando [los jeques] llegaban al salón, eran recibidos con todos los respetos por los oficiales del estado mayor y los traductores, y entonces se les ofrecían sorbetes o café. Momentos después llegaba el comandante en jefe en persona y se sentaba entre ellos en el mismo diván. Buscaba ganarse su respeto discutiendo con ellos sobre el Corán, pidiéndoles que le explicasen los principales pasajes y revelando su gran admiración por el Profeta. Cuando se iban, se dirigían a las mezquitas, donde estaba reunido el pueblo, y allí les hablaban de todas sus esperanzas, calmando la desconfianza y los miedos de toda la población (Napoleón, 1863, p. 479).

Pero, pese a todas sus proclamas y afirmaciones sobre el respeto a la religión musulmana, su trato con el Islam estaba lleno de cinismo, probablemente más de lo que él podría admitirse a sí mismo en aquellos instantes, cuando todavía estaba siguiendo el ejemplo de Alejandro Magno. Y es que el conquistador macedonio, aunque fuera de forma parcial, había intentado asimilar en su ejército las maneras y costumbres de los pueblos que iba conquistando. Valga esta frase en la carta que Bonaparte le dirigió al general Kléber en Alejandría un tiempo después de la llegada a Egipto:

Tenemos que adormecer su fanatismo antes de que lo podamos erradicar (Napoleón, 1819-1820, vol. 5, p. 572)<sup>10</sup>.

Así como Alejandro había buscado helenizar el mundo oriental, con una síntesis de la cultura griega y las diferentes culturas orientales de los pueblos que iba encontrando, Bonaparte se veía como el difusor de una cultura europea superior en Oriente. Si Egipto se convertía en colonia de Francia, la cultura francesa debía tener un papel predominante, pero si resultaba necesario, se desarrollaría de forma independiente de la metrópolis, del mismo modo que los Estados Unidos de América lo estaban empezando a hacer con respecto a la Gran Bretaña. Si la conexión física, comercial, cultural... con Francia seguía cortada, Bonaparte contempló la expansión hacia Oriente, hacia la India, y debió de considerar incluso, llegado el caso, su conversión en emperador de un imperio oriental independiente, y por los indicios que hemos visto y que seguiremos comentando en los siguientes apartados, parece que habría creído que ese imperio podría encontrar sus fundamentos en una religión «de tipo musulmán», adecuada a sus intereses. En sus memorias —y debemos seguir las con las reservas ya expresadas—, recoge en detalle cuál había sido su visión del destino de Egipto, si él se hubiese quedado allí:

Después de cincuenta años de prosperidad y buen gobierno..., emigrantes procedentes de las profundidades de África, de Arabia, Siria, Grecia, Francia, Italia, Polonia y Alemania<sup>11</sup> habrían cuadruplicado la población; y por la pura fuerza de las

<sup>10</sup> Ciertamente, no lo consiguieron y el mismo Kléber lo pagó con su vida: el 14 de junio de 1800, ya como comandante en jefe de las tropas francesas en Egipto tras el regreso de Bonaparte a Francia el año anterior, fue asesinado por un fanático religioso, el estudiante de origen sirio Suleiman al-Halabi.

<sup>11</sup> El nuevo Egipto concebido por Napoleón —aunque solo fuera de forma alterada, en sus memorias—, era un asunto continental europeo, completamente libre de influencias anglosajonas, así como de influencias hispánicas y holandesas, ya que estos países ya tenían sus grandes imperios coloniales fuera de Europa, y de influencias austriacas —muy probablemente, por la importancia del Catolicismo como religión de Estado en ese país, como también en España—. En cuanto a Rusia, ya era un imperio en sí misma y, además, no era concebida de ninguna manera como perteneciente al ámbito europeo.

circunstancias el comercio de las Indias habría vuelto a su antigua ruta... Francia, dueña de Egipto, lo sería, además, del Indostán.

Pero quiero decir que, indudablemente, una colonia tan poderosa como esta no tardaría mucho en proclamar su independencia. Sin duda una gran nación, como en tiempos de los faraones y en tiempos de los Ptolomeos, que ocuparía una tierra actualmente tan desolada. Su mano derecha se apoyaría en las Indias y la izquierda en Europa; si las circunstancias locales decidieran exclusivamente la prosperidad y grandeza de las ciudades, Alejandría, más que Roma, Constantinopla, París, Londres o Ámsterdam debería haber sido y volver a ser el centro del universo... Después de cincuenta años así, la civilización se habría extendido por el interior de África, donde numerosas grandes naciones disfrutarían de los beneficios de las artes, las ciencias y la religión del Dios verdadero, porque es a través de Egipto que los pueblos de África central recibirían ilustración y felicidad (Napoleón, 1863, pp. 429-430).

El 8 de septiembre de 1798, Bonaparte escribió uno de sus informes regulares para el Directorio, en Francia, en el que daba cuenta a sus superiores políticos en Francia de la situación en Egipto, según su visión:

Aquí está todo perfectamente bien. El país está bajo control y la gente empieza a acostumbrarse a nuestra presencia. El resto solo es cuestión de tiempo: todas las instituciones que podían organizarse con rapidez ya están constituidas... Señora de Egipto, Francia no tardará mucho en ser dueña de la India (Napoleón, 1819-1820, vol. 4, p. 475).

Los despachos tardaban más de dos meses en llegar desde París a El Cairo, sin garantía de entrega. De este hecho se deduce que Bonaparte era libre de actuar como quisiera, gobernando en solitario el territorio bajo su control, dado que cualquier posible instrucción que enviase el Directorio quedaría desfasada y sería, por lo general, irrelevante cuando arribase a las costas egipcias y a manos del general. Bonaparte podía introducir reformas, fundar instituciones, convertir Egipto en lo que quisiera, libre de soñar con que Francia volviera a la India y se convirtiera en su dueña. Pero, claro, si la flota británica seguía controlando el Mediterráneo, finalmente sería él quien acabaría convirtiéndose en dueño y señor de la India, al frente de ese imperio del que hablaba en sus memorias. Merece la pena, sin embargo, subrayar que parece que la carta escrita al Directorio vendría a confirmar la visión que después recogería en sus memorias.

La realidad era muy distinta a cómo la relataba Bonaparte en sus informes al Directorio. El 21 y 22 de octubre, se produjo la insurrección de la población musulmana de El Cairo, contra los franceses en particular, pero también contra todos los cristianos y judíos presentes en la ciudad. Los franceses la reprimieron con dureza para restablecer el orden, y poco después, Bonaparte restauró el *divan* de El Cairo y se dirigió con dureza a los líderes egipcios, con unas palabras reveladoras sobre sí mismo:

Aquellos que se declaren mis enemigos, no encontrarán refugio ni en este mundo ni en el siguiente. ¿Existe algún hombre lo suficientemente ciego para no ver que el destino en persona dirige todas mis actuaciones? ¿Existe algún hombre tan incrédulo para dudar que todo, en este vasto universo, está sujeto al poder del destino?

Decidle al pueblo que desde la creación el mundo está escrito que tras la destrucción de los enemigos del Islam, y la derrota de los cristianos, vendré al corazón de Oriente para culminar la tarea que se me ha impuesto. Haced que el pueblo vea que, en el libro sagrado del Corán, en más de veinte pasajes, está profetizado lo que ha ocurrido, y que lo que va a ocurrir está expresado con la misma claridad... Llegará el día en que todo el mundo verá las pruebas de que me guían órdenes de lo alto y que todos los esfuerzos humanos son impotentes para pararme (Napoleón, 1819-1820, vol. 5, p. 221).

En el apartado siguiente veremos que la traducción árabe leída ante el *divan*, recogida por El-Djabarti, era aún más explícita. De momento, a partir de las palabras de Bonaparte, volvemos a comprobar la importancia que le concedía al aspecto religioso de su empeño, según el modelo de Alejandro igualmente expresado por él, como vimos anteriormente. Es más, si el macedonio fue al oráculo de Siwa y fue identificado como hijo de Amón, lo que benefició enormemente su dominio de Egipto y sus empresas posteriores en Oriente, Bonaparte aquí vuelve a seguir el modelo de Alejandro: aislado en Egipto, con un poder tremendo y sin supervisión del Directorio, su desmesurada ambición, su megalomanía e incluso su sentido del destino —en el que se manifiesta de nuevo la *imitatio*— evolucionan al plantearse incluso una reescritura de la religión musulmana con él mismo como figura dirigente. En el próximo apartado veremos también cómo otros testimonios, que recogen palabras de Napoleón, ya emperador, al referirse a la expedición en Egipto, vuelven sobre esta idea de una «nueva religión musulmana».

El 27 de diciembre del mismo año, Bonaparte llegó a Suez, el gran puerto del Mar Rojo que había prosperado con el comercio del Extremo Oriente y África Oriental, dirigido por mercaderes europeos procedentes de Génova, Venecia y Portugal, pero que a finales del siglo XVIII no era ya sino una sombra de lo que fue, después de que la apertura de la ruta comercial por el cabo de Buena Esperanza en el siglo XVI marcara el comienzo de su decadencia. Una vez hubo asegurado la plaza, escribió al general Bon:

Es mi intención tener tantos barcos armados como sea posible en el Mar Rojo (Napoleón, 1819-1820, vol. 5, p. 206).

Tanto los primeros mamelucos en Egipto como el sultán otomano Solimán el Magnífico, en el siglo XVI, habían armado allí grandes flotas para comerciar con la India. Bonaparte parecía dispuesto a continuar su sueño oriental. En el último

apartado de este estudio tendremos la oportunidad de contrastarlo con el testimonio de su secretario, que describió la escena a las orillas del Mar Rojo.

De momento, podemos seguir los testimonios del propio Bonaparte para comprobar hasta qué punto el sueño de *aemulatio Alexandri* con una expedición hacia la India para su conquista empezaban a concretarse. En sus memorias, escribe:

Hay tanta distancia desde El Cairo al Indo como de Bayona a Moscú. Un ejército de sesenta mil hombres, montados en cincuenta mil camellos, llevando consigo raciones para cincuenta días y agua para seis días, llegarían en cuarenta días al Éufrates y en cuatro meses al Indo, en medio de sijs, mahrattas y el pueblo del Indostán, impacientes por librarse del yugo británico que les oprime [...] Para nosotros, resulta necesario procurarnos, cada año, varios miles de negros de Samaar, y de Darfur, e incorporarlos a los regimientos franceses, a razón de veinte por compañía (Napoleón, 1863, pp. 429-430).

Al principio, Bonaparte habría considerado cubrir las bajas en su ejército reclutando mamelucos desafectos e incluso realizando levass forzosas entre la población egipcia, pero tras comprobar que aquellos planes no eran realizables, buscó alternativas para aumentar su fuerza militar de cara a la campaña hacia la India, y en este sentido, puso sus esperanzas en el mercado de esclavos (Charles-Roux, 1935, p. 373). Resulta muy interesante hacer hincapié, como ya hiciera Strathern (2009, p. 336), en que el plan de Bonaparte no incluía en ningún caso segregar a esos soldados negros por su raza en regimientos específicos, como sí hicieron los británicos en la India con los regimientos de cipayos, bajo las órdenes de oficiales blancos, sino que planeaba integrarlos en las unidades de su ejército, para ser entrenados junto con los soldados franceses y para luchar codo con codo en las batallas por venir.

Como el testimonio proviene de sus memorias, contrastémoslo con su correspondencia durante la expedición en Egipto. Pocos meses después del viaje a Suez y el regreso a El Cairo, Bonaparte escribió al sultán de Darfur, en la parte oriental del actual Sudán, centro de reunión de las caravanas de esclavos desde el interior, desde el África Occidental y el Congo, para dirigirse después hacia Egipto:

Por favor, enviadme, con la primera caravana, dos mil esclavos negros fuertes y sanos de dieciséis años de edad (...) Ordenad a vuestra caravana que venga directamente, sin pararse en la ruta. Estoy dando órdenes para que viaje bajo nuestra protección durante todo el camino (Napoleón, 1819-1820, vol. 5, p. 490).

Prácticamente escrita al mismo tiempo, disponemos de la carta que le dirigió a su general subordinado, Louis Charles Antoine Desaix, que se había dirigido al sur de Egipto en persecución de los mamelucos:

Me gustaría, ciudadano general, comprar dos o tres mil esclavos negros, todos mayores de dieciséis años, para poder incorporarlos a razón de cien en cada batallón. Vea si existe la posibilidad de empezar a reclutarlos desde el momento de su compra. No necesito subrayarle la importancia de esta empresa (Napoleón, 1819-1820, vol. 5, p. 470).

Y poco tiempo después, el 25 de enero de 1799, escribió a Tippoo Sahib, el sultán de Mysore, al sur de la India, que ya había entrado en contacto con los franceses, como veíamos al comienzo de este apartado:

Ya conocéis la noticia de mi llegada a las orillas del Mar Rojo con un ejército innumerable e invencible, imbuido por el deseo de libraros del yugo de hierro de los británicos.

Aprovecho la primera oportunidad para haceros saber que deseo que me podáis enviar, a través de Moka (Yemen) y Mascate, noticias de la situación política en la que os encontráis. Me complacería mucho que pudierais enviar, a Suez o a El Cairo, a algún hombre capaz e inteligente, que tenga vuestra confianza, con el que pueda conferenciar sobre estos temas (Napoleón, 1819-1820, vol. 5, p. 278).

De modo que, aunque la imitación o superación de Alejandro con una expedición a la India e incluso su conquista pudiera ser el sueño de Bonaparte, podemos comprobar que los preparativos para ello fueron muy reales, aunque sin duda, insuficientes y, como sabemos, finalmente no pudieron nunca concretarse en un empeño mayor.

Ello no significa que, en aquellos momentos, Bonaparte no insistiera en los preparativos, incluyendo la solución del importante problema previo que suponía la oposición de Constantinopla a su pretendida marcha hacia la India. A partir de febrero, comenzó los preparativos para su campaña hacia Siria, que, a la postre, resultaría fatal para su sueño oriental, pero que, en aquellos momentos, quizá podía ver como el segundo paso, después de la conquista de Egipto. Al menos, así lo recoge en sus memorias:

Napoleón decidió pasar a la ofensiva, conduciendo a sus fuerzas a través de desierto, para derrotar al ejército de Siria [...] para requisar todos los almacenes y todo el equipo necesario de El Arish, Gaza, Jaffa y Acre, para armar a los cristianos de Siria, para reclutar a los drusos y a los cristianos maronitas del Líbano, y entonces hacerse dueño de la situación. Tenía la esperanza de que, al oír las noticias de que Acre había caído en manos francesas, los mamelucos y los árabes egipcios [...] unirían sus fuerzas con él; que en junio sería dueño de Damasco y Alepo, y que su vanguardia llegaría al Monte Taurus. Por entonces tendría bajo su mando a 26 000 franceses, 6000 mamelucos y caballería árabe de Egipto, 18.000 drusos, maronitas y otras tropas sirias; que Desaix estaría en Egipto dispuesto a reforzarlo, al mando de 20 000 hombres, de

los cuales 10 000 serían franceses y 10 000 esclavos negros reclutados bajo mando de oficiales y suboficiales franceses. En esta situación, Napoleón estaría en condiciones de forzar a la Sublime Puerta a acordar la paz, y obligarla a consentir en su marcha hacia la India. Si la fortuna favorecía estos proyectos, aún podría llegar al Indo en marzo de 1800 con más de 40 000 hombres, a pesar de la pérdida de la flota. Tenía información de inteligencia de Persia y le habían asegurado que el Sha no se opondría al paso del ejército francés por Basora, Shiraz y Mekran. Los acontecimientos frustraron estos cálculos (Napoleón, 1870, p. 14).

Con esa visión a posteriori del propio Napoleón en sus memorias, quizá todo esto pueda parecer poco más que el sueño de un megalómano, pero como ya hemos visto, evidencias del propio Bonaparte durante su presencia en Egipto, así como otros testimonios que veremos en los próximos apartados, vienen a sustentar la idea de que él verdaderamente creía que podía lograrlo y, así, imitar su modelo antiguo para, finalmente, conseguir superarlo.

### **3. TESTIMONIOS DE TERCEROS RECOGIENDO DECLARACIONES DE NAPOLEÓN BONAPARTE**

Después de haber revisado testimonios procedentes de la correspondencia de Bonaparte durante la expedición egipcia y también de sus memorias de la misma, escritas durante su exilio en Santa Elena, con sus diferentes características, ahora es el momento de que los contrastemos, en la medida de lo posible, con sus declaraciones según fueron recogidas por otros personajes.

Incluso antes de partir hacia Egipto, Bonaparte parece estar planteándose metas mayores hacia el Oriente, en imitación de Alejandro. Un testimonio en este sentido procede del secretario de Bonaparte, Bourrienne, cuando le pregunta al general cuánto tiempo creía que iban a estar fuera, y su respuesta vuelve a presentarnos esa idea de la expedición hacia la India, quizás utópica, pero de la que ya nos hablaba el propio Bonaparte en su correspondencia y memorias, como vimos en el apartado anterior:

Unos pocos meses, o seis años. Todo depende del curso de los acontecimientos. Debo colonizar ese país. Debo importar artistas, maestros de escuela, obreros de todo tipo, mujeres, actores, etc. Solo tenemos veintinueve años; para entonces tendremos treinta y seis. ¡No es mucha edad...! Seis años son suficientes para mí, si todo va bien, para ir a la India... Hay que ir a Oriente. Todas las grandes glorias vienen de allí... (Bourrienne, 1831, vol. 1-2, p. 231).



Claire de Vergennes, Madame de Rémusat, fue dama de palacio de la emperatriz Josefina entre 1802 y 1808. Dejó unas memorias, escritas tras la caída del emperador y cuando los Rémusat ya estaban perfectamente instalados en la Francia de la restauración de Luis XVIII. En ellas, recoge la descripción posterior del propio Napoleón de sus sentimientos en el momento de la llegada a Egipto:

Veía el camino para conseguir todos mis sueños... Fundaría una religión, me veía marchando hacia Asia, montando en un elefante, con un turbante en la cabeza, y mi mano en un nuevo Corán que habría redactado para que se ajustara a mis necesidades. En mis empresas habría combinado las experiencias de los dos mundos, explotando el campo de toda la Historia en mi provecho (Rémusat, 1880, vol. 1, p. 274).

Esta manifestación de Napoleón, recogida por Madame de Rémusat, expresa la *imitatio Alexandri* presente en la mente del joven Bonaparte a su llegada a Egipto, sin mencionar abiertamente su modelo, pero con claras similitudes en dicha combinación de experiencias de dos mundos, como ya hiciera Alejandro en Asia, dando origen al mundo helenístico. No obstante, la referencia a la explotación del campo de la Historia en su provecho viene a reforzar esa idea. Por otro lado, se manifiesta la idea de rivalidad o de superación, por lo que, en realidad, nos encontraríamos más bien ante una muestra de *aemulatio*.

Si en el capítulo anterior veíamos testimonios procedentes de la correspondencia de Bonaparte, contemporáneos al momento de la expedición, y otros de las memorias del emperador, haciendo alusión a la forma de conquistar Egipto, en las memorias del general Bertrand, que acompañó a Napoleón en su prisión en el exilio de Santa Helena, se recoge cómo este vuelve a incidir en el aspecto religioso-político de la conquista, reiterando su admiración por el modelo alejandrino:

No hay duda de que la conquista sea una combinación entre la guerra y la política. Eso es lo que vuelve admirable a Alejandro [...] Lo que hay de admirable en Alejandro es que fue idolatrado por los pueblos que había conquistado; así, tras un reinado de doce años, sus sucesores se repartieron su imperio; los pueblos conquistados estaban más apegados a él que sus propios soldados; se vio obligado a actos rigurosos para obligar a sus generales más allegados a comportarse políticamente. Alejandro conquistó Egipto yendo al templo de Zeus Amón. Este enfoque le aseguró este reino. Si yo hubiera estado en la mezquita de El Cairo con mis generales, ¿quién sabe el efecto que habría tenido? Ello me habría proporcionado trescientos mil hombres y el imperio de Oriente (Bertrand, 1816-1821, II, p. 54-55).

A lo que se añaden las reflexiones recogidas por el general barón Gourgaud, su ayudante de campo, también en Santa Helena:

Lo que amo de Alejandro Magno no son sus campañas, que no podemos concebir, sino sus medios políticos. Con treinta y tres años dejó un enorme imperio, bien establecido, que sus generales se repartieron. Había tenido el arte de hacerse amar por los pueblos vencidos. Tuvo razón al hacer matar a Parmenión, al que, como un tonto, le pareció mal que hubiese abandonado las costumbres griegas. Es una gran política por su parte haber estado en [el oráculo de] Amón, conquistando así Egipto (Gourgaud, 1823, p. 435).

Si me hubiera quedado en Oriente, probablemente habría fundado un imperio como Alejandro, yendo en peregrinaje a La Meca, donde habría hecho oraciones y genuflexiones, pero habría querido hacerlo solo si hubiera valido la pena y no actuar como ese imbécil de Menou<sup>12</sup> (Gourgaud, 1899, p. 435).

Palabras que, volviendo sobre el referente de Alejandro, demuestran que su planteamiento de respeto hacia el Islam y sus prácticas religiosas no iba más allá de su instrumentalización política.

En el apartado anterior, recogíamos el discurso pronunciado por Bonaparte ante los miembros del restaurado *divan* de El Cairo después de reprimir la insurrección musulmana en la ciudad a finales del mes de octubre de 1798. El-Djabarti recogió la traducción árabe leída ante el *divan*:

El poder de Alá pasa a través de mí de manera que derrotó a los enemigos del Islam y aplastó la cruz cristiana... Todo lo que he hecho ha sido inspirado por Alá... [es] el designio de Alá; nadie puede evitar la ejecución de su voluntad y he sido yo el encargado de esta ejecución (El-Djabarti, 1888-1896, vol. 6, p. 79).

El cronista egipcio fue crítico con la retórica de Bonaparte, afirmando que su discurso no tenía otro objetivo que impresionar a su audiencia (El-Djabarti, 1888-1896, vol. 6, p. 80), pero a la luz del resto de testimonios que estamos considerando, parece que el general francés seguía obsesionado con su fantasía de establecer un imperio oriental, con él a la cabeza, y como dirigente de una religión musulmana adaptada a sus necesidades.

El propósito de construir un imperio en Oriente, después de quedar aislados de Francia tras la derrota de la flota en la Batalla de Aboukir, ya había sido expresado por Napoleón, como él mismo recoge en sus memorias, algo que ya tuvimos la oportunidad de ver en el apartado anterior, pero tanto el contenido como el tono general del discurso pronunciado a sus oficiales y soldados en aquel momento que-

<sup>12</sup> Se está refiriendo al general Jacques-François Menou, barón de Boussay, jefe de una de las divisiones del ejército de Bonaparte en la Campaña de Egipto, que se casó con la hija de un rico comerciante egipcio, convirtiéndose al Islam y adoptando el nombre de Abdullah.

da confirmado por las memorias —publicadas póstumamente— de algunos de los presentes, que ponen en boca de Bonaparte palabras similares:

Quizás estemos destinados a cambiar la cara de Oriente, y a colocar nuestros nombres junto a aquellos que son recordados con toda brillantez en la Historia antigua (Marmont, 1857, vol. 1, p. 390).

Tenemos que continuar en estas tierras o abandonarlas después de habernos convertido en tan grandes como los hombres de los tiempos antiguos (Desvernois, 1898, p. 134).

Incluso en mayo del año siguiente, cuando Bonaparte y el ejército francés se hallaban inmersos en el asedio de Acre, durante la campaña de Siria, ese sueño seguía presente en su pensamiento. Su secretario, Bourrienne, recoge sus palabras la víspera del último y a la postre infructuoso asalto sobre la ciudad, exponiendo lo que haría si la conquistaba:

[...] armas suficientes para tres mil hombres. Llamaré a las armas a toda Siria [...] Marcharé sobre Alepo y Damasco. Ampliaré mi ejército mientras avanzo por el interior, atrayendo a todos aquellos que están descontentos. Anunciaré al pueblo el final de su servidumbre y del gobierno tiránico de los pachás. Llegaré a Constantinopla con ejércitos enormes. Derribaré el imperio turco. Fundaré en Oriente un imperio grande y nuevo que inscribirá mi nombre en la historia, y quizá regrese a París a través de Adrianópolis o a través de Viena después de aniquilar a la Casa de Austria (Bourrienne, 1831, vol. 2, pp. 330-331).

Dichas palabras de Bonaparte, en las memorias de su secretario, se nos antojan como un intento de autosugestión, de elevar la moral propia en vísperas de la batalla decisiva, donde fantasía y exageración se mezclan con planes y proyectos que habían estado presentes y se habían ido desarrollando en su mente a lo largo de la expedición egipcia, expresados en ocasiones en sus cartas y en sus memorias, y también recogidos por las memorias de muchos de sus generales y acompañantes, como estamos tratando de ver en estas páginas. La derrota de Bonaparte en el sitio de Acre significó el final de su sueño oriental de derribar el Imperio Otomano, de seguir los pasos de Alejandro hacia la India y de crear un nuevo imperio entre Egipto y Asia. Bourrienne, Las Cases y Gourgaud recogen en sus memorias los lamentos del Emperador en su exilio:

Las cosas más pequeñas pueden provocar los acontecimientos más grandes. Si Acre hubiese caído, yo podría haber cambiado la faz del mundo (Bourrienne, 1831, vol. 2, p. 330).

Si Acre hubiera caído ante el ejército francés, habría tenido lugar una gran revolución en Oriente. Habría fundado allí un imperio y el destino de Francia habría podido tomar otro curso (Las Cases, 1935, vol. 1, p. 131).

Habría hecho mejor quedándome en Egipto; ahora sería el emperador de todo el Oriente (Gourgaud, 1899, p. 63).

#### 4. TESTIMONIOS DE TERCEROS CON IMPRESIONES SOBRE EL MODELO DE ALEJANDRO PARA NAPOLEÓN BONAPARTE

Como parte final de nuestro análisis, debemos ahora recoger las impresiones de diversos personajes —algunos ya mencionados en el apartado anterior— en relación con las declaraciones, acciones y actitudes de Bonaparte sobre su sueño oriental inspirado en el modelo de Alejandro.

Un precedente imprescindible para la expedición de Bonaparte a Egipto lo constituyó Constantin Volney, el pensador, escritor, orientalista y político francés, admirador de los clásicos y de la Antigüedad, que estuvo en Egipto y Siria entre 1783 y 1786, y publicó a su regreso su *Voyage en Égypte et en Syrie*, en 1787. Si el niño Bonaparte, con solamente once años, cuando estudiaba en el colegio militar de Brienne, ya leyó sobre Alejandro Magno y sus conquistas en Oriente, así como diversas obras clásicas (Gracia-Alonso, 2017, pp. 117-118), en 1789, contando con diecinueve, leyó por primera vez la obra de Volney, que le cautivó. En 1792, en Córcega, se le presentó la oportunidad de conocerle personalmente y, pocos años después, en su Campaña de Egipto, Bonaparte llevó consigo una copia del *Voyage en Égypte et en Syrie* y la utilizó constantemente como obra de referencia (Strathern, 2009, pp. 29-31 y 36-37). Cuando se conocieron, el joven teniente Bonaparte debió de causar impresión en Volney, que en su mente y quizá por las conversaciones habidas con aquel, lo asoció a las figuras de Alejandro y César, del siguiente modo:

Si se le da la más mínima oportunidad, se convertirá en la cabeza de César sobre los hombros de Alejandro (Volney, 1837, p. 5).

Parece que la mezcla cultural de la que nos hablaba Napoleón en sus memorias pudo iniciarse de un modo parecido a como se había producido en el imperio de Alejandro Magno, cuando este forzó a sus generales a tomar esposas locales, como ejemplo para sus soldados, a los que instó a seguirlo. Bonaparte no se atrevió a tanto en Egipto. El erudito y cronista árabe egipcio El-Djabarti, que describió la campaña francesa en el momento en que tuvo lugar, nos deja sus impresiones, generalmente críticas y desdeñosas:

Muchos franceses pedían a los notables de El Cairo permiso para casarse con sus hijas, y algunos consintieron en estas alianzas, ya fuera por avaricia, o para asegurarse protectores en el ejército francés. Para los franceses era algo sencillo, porque todo lo que tenían que hacer era dos profesiones de fe<sup>13</sup>, que no les costaban nada, porque en cualquier caso no creían en ninguna religión (El-Djabarti, 1888-1896, vol. 6, p. 305).

Ciertamente, no tenemos datos precisos sobre el número de soldados franceses que en realidad «se casaron» con mujeres egipcias siguiendo esta modalidad, aunque resulta indudable que Bonaparte estaba a favor de esta práctica. Un caso paradigmático, aunque excepcional, es el del general Menou, el gobernador de Rosetta, que se convirtió al Islam verdaderamente y participó en una ceremonia musulmana del matrimonio —aunque, al parecer, fue excusado de someterse a la circuncisión debido a su rango y también a su edad, de 48 años—. Menou lo hizo por propia voluntad. Bonaparte encontró en el ejemplo excepcional de Menou la evidencia palpable para los líderes religiosos musulmanes de la mezquita de Al-Azhar de que los franceses estaban dispuestos a convertirse al Islam y, desde ese punto de vista, se podría considerar que respaldó su acto, porque resultaba útil para sus intereses, aunque ya hemos comentado previamente que, en la época de su destierro en Santa Elena, Napoleón expresó su consideración de que Menou era un imbécil, quizá por haberse convertido «verdaderamente» al Islam, en lugar de fingir solo una «apariencia» que se ganase el favor de los egipcios. De hecho, al parecer, la apariencia habitualmente desaliñada del general, gobernador de Rosetta, irritaba mucho a Bonaparte (Strathern, 2009, 262). Sobre su propio matrimonio, Menou le escribió a su colega, el general Dugua:

Creo que esta medida es en interés público (Jonquière, 1899-1907, vol. 5, p. 15).

Y la mayoría de los generales reaccionaron de modo parecido a como lo refleja el general Marmont con sus palabras, que inciden en la idea transmitida por Menou, pero con un deje irónico fácilmente detectable:

Tienes razón al decir que tu matrimonio nos ha sorprendido a la mayoría de nosotros. Por mi parte, mi querido general, lo veo como una señal de gran devoción a los intereses del ejército francés (Jonquière, 1899-1907, vol. 5, p. 662).

El propio Marmont pasó después de la inicial ironía al escepticismo burlón e impertinente, cuando en una carta posterior se dirige a él en estos términos:

<sup>13</sup> «Declaro que no hay más dios que Alá» y «Declaro que Mahoma es su profeta».

¿Sería indiscreto, mi querido general, preguntar cómo se encuentra en su nuevo estado matrimonial? Estoy impaciente por saber si madame Menou es bella y si usted pretende, según las costumbres del país, darle compañía con algunas esposas más (Jonquière, 1899-1907, vol. 5, p. 662).

Y se ganó una respuesta aparentemente seria por parte de Menou, pero quizá utilizando también un tono irónico que resulta difícil juzgar:

No voy a utilizar el permiso dado por Mahoma de tener cuatro esposas, sin incluir entre ellas a las concubinas. Las mujeres musulmanas tienen un apetito vehemente; una es más que suficiente para mí. Mi esposa, de la que habláis con tanta amabilidad, es alta, fuerte y lo suficientemente buena en todos los aspectos. Tiene unos ojos muy bellos, la complexión de una egipcia, con el cabello negro y extremadamente largo; tiene un buen carácter, encuentro que tiene mucha menos repugnancia de lo que yo me esperaba por mis costumbres francesas y, sobre todo, es poco o nada supersticiosa. Aunque observa minuciosamente sus deberes religiosos, cree que todas las demás religiones también son buenas. Todavía no le he pedido que se deje ver sin velo en compañía de otros hombres; eso llegará poco a poco (Jonquière, 1899-1907, vol. 5, pp. 662-663).

Aunque las observaciones que realiza El-Djabarti son totalmente críticas, vienen a confirmar, por una parte, que la actitud de Menou fue una excepción y, por otra, que los matrimonios interculturales funcionaban, aunque él no lo aprobase, precisamente:

Las mujeres musulmanas que se casan con franceses adoptan inmediatamente costumbres francesas y se visten a la europea; pasean junto a los hombres e interfieren en sus asuntos. Guardias armados con bastones caminan por delante de ellas, abriéndoles camino entre la multitud y tratándolas como si fueran gobernadores (El-Djabarti, 1888-1896, vol. 6, p. 306).

Sin embargo, lo que le funcionó a Alejandro parece que no tuvo el mismo efecto en el Egipto musulmán. El comportamiento de las mujeres musulmanas crispaba a los egipcios y peor todavía eran las mujeres francesas venidas con la expedición, cuyo comportamiento fue un ejemplo para las egipcias, que se comportaron del mismo modo a las pocas semanas de la llegada de los franceses:

Las mujeres francesas que llegaron con el ejército iban por las calles con sus rostros sin velo, vistiendo todo tipo de ropas de colores y pañuelos de seda. Montaban a caballo o en burros con cachemiras sobre los hombros; galopaban por las calles riendo y bromeando con los guías de sus monturas y con los locales de la clase más ínfima [...] Esta licenciosidad se extendió rápidamente por toda la ciudad; muchas mujeres,

atraídas por el amor al lujo o la galantería de los franceses, imitaban el ejemplo de las mujeres francesas (El-Djabarti, 1888-1896, vol. 6, pp. 304-305).

Así que quizá podría decirse que las mujeres musulmanas en Egipto pudieron ver en la llegada de los franceses y su cultura —y la relación que mantenían con sus mujeres, las aproximadamente 300 que habían viajado con la expedición— cierta forma de liberación del tradicional sometimiento al hombre en el Islam, manifestada especialmente en la decisión de quitarse el velo y vestir a la europea. La mezcla de la cultura europea occidental y de la cultura islámica egipcia comenzaba a funcionar. Pero, por el contrario, esto fue uno de los principales motivos del descontento y de la crispación crecientes en los hombres egipcios. La inmoralidad del comportamiento de las mujeres musulmanas, según su visión, era una muestra palpable de que el discurso de Bonaparte sobre los franceses como amigos y protectores del Islam no era más que palabras vacías y engañosas.

Ciertamente, es la visión negativa proporcionada por El-Djabarti, que también debe ser objeto de una mirada crítica por nuestra parte. Cuando describe la ceremonia del Nilo que tuvo lugar a las pocas semanas de la llegada de los franceses, el 18 de agosto, nos dice:

Las mujeres lanzaron toda vergüenza al viento, abandonando cualquier freno a sus deseos. Subieron a las barcas con los franceses, se vistieron seductoramente y se cubrieron con joyas, se dedicaron día y noche a bailar, a orgías y a cantar. Los barqueros, con las cabezas llenas de hachís, hacían todo tipo de muecas, imitando la lengua de los franceses y añadían sus confusos gritos a las canciones de las mujeres y a la música (El-Djabarti, 1888-1896, vol. 6, p. 306).

Resulta difícil de juzgar hasta qué punto este testimonio concreto de El-Djabarti es un reflejo de una realidad cercana a una orgía o a su imaginación desbordada por su indignación. Para un musulmán como él, ver a mujeres y hombres sin velo en una fiesta pública sobre embarcaciones puede explicar su confusión, pero las orgías públicas pueden descartarse sin ninguna duda. Es evidente que la reacción a estas escenas por parte de los egipcios de diferentes estratos sociales en El Cairo fue diversa, pero también es indudable que debieron sembrar el desconcierto y suponer un atentado a la moral musulmana (Strathern, 2009, p. 263).

Aun siendo la única fuente crítica en relación con el asunto de las mujeres en El Cairo, la importancia de su testimonio es fundamental, dado que proviene de la parte musulmana en el momento de la campaña de Bonaparte. Resulta evidente que no realizaría ese tipo de críticas a las mujeres musulmanas si los hechos y actitudes que describe no se estuviesen produciendo en realidad e impresionando gravemente a los egipcios. Más perspicaz en relación con la visión de los musulmanes —como el propio El-Djabarti— hacia los franceses, Nicolas Turc señaló que los franceses:

[...] perdonaban fácilmente a sus enemigos, mostrándose abiertos e indulgentes, guardando la justicia, estableciendo buenas normas y aprobando buenas leyes. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, no fueron capaces de ganarse el corazón de la gente. Los musulmanes escondían su odio por ellos (Turc, 1839, p. 49).

No obstante, El-Djabarti realiza también una precisión sobre a qué mujeres puede referirse, sobre todo:

Esta libertad indecente animó a las mujeres con poca educación de El Cairo, y como los franceses se enorgullecían de su sumisión a las mujeres, al mismo tiempo que las cubrían de regalos y de presentes, las mujeres empezaron a entrar en relación con ellos (El-Djabarti, 1888-1896, vol. 6, pp-305-306).

A este respecto, no pensemos únicamente en las mujeres de los estratos sociales más bajos en el Cairo, sino también en muchas concubinas y sirvientas dejadas atrás por los mamelucos en su huida y «liberadas» por los oficiales franceses al ocupar sus palacios para alojarse en ellos, como reflejaba el propio Bonaparte en su correspondencia, que veíamos en el primer apartado de nuestro análisis.

En cuanto a la *imitatio Alexandri* en relación con la construcción de un imperio oriental, con la India en su horizonte, se manifiesta de forma inusitada cuando Bonaparte se presentó en Suez, a las orillas del Mar Rojo, algo que ya avanzábamos anteriormente siguiendo las declaraciones del propio general. Su secretario, Bourrienne, describe la escena, con Bonaparte, de pie en un muelle solitario, explicando sus planes al séquito reunido en torno suyo. Pretendía reabrir los astilleros y preparar algunas fragatas que sirvieran de enlace marítimo para el ejército que avanzara por tierra hacia la India:

Impartió órdenes para la reconstrucción de numerosas fortificaciones y la realización de mejoras en las instalaciones navales [en preparación para] la llegada de numerosas divisiones procedentes de la India, que planeaba invadir (Bourrienne, 1831, vol. 2, p. 305).

Bourrienne no puede decirlo con mayor claridad. Por otra parte, la alusión a «divisiones procedentes» de la India podría hacer referencia a la intención de Bonaparte —que las fuentes no han recogido con igual claridad— de formar unidades militares de indios para hacerlas combatir en otros lugares de su imperio oriental, que será exactamente lo que hagan los británicos después, en el siglo XIX y en el siglo XX. El secretario del general describe la escena aludiendo a que, a su alrededor, su audiencia permaneció en un silencio incómodo mientras que Bonaparte continuaba de pie, contemplando el mar. Ciertamente, la elocuencia de Napoleón se mezclaba con la fantasía y parece que sus oficiales así lo percibían, aunque se



cuidaran de expresarlo. Al contemplar esta escena, según la relata Bourrienne, resulta inevitable la comparación con otra, muy similar, ocurrida diecisiete siglos antes, relatada por Dión Casio: cuando el emperador romano Trajano llegó en el 116 d. C. al Golfo Pérsico y a Caracene, un puerto importante en el comercio entre Mesopotamia y la India, recordó a Alejandro, lamentándose de ser demasiado viejo para llegar hasta la India, mientras contemplaba un barco dirigirse hacia el este (Cass. Dio, LXVIII, 29, 1-2; ver Carbó García e Hidalgo de la Vega, 2008, pp. 72-74).

Y cuando Bourrienne se refirió a los preparativos para la campaña siria, nos confirma algunos de los planteamientos que Napoleón dejaba en sus memorias:

Antes de tomar la decisión de atacar la vanguardia de los turcos en los valles de Siria, él daba por cierto [...] a través de agentes enviados sobre el terreno, que el Sha de Persia consentiría, a cambio de un pago por adelantado, que estableciese en lugares determinados depósitos militares de suministros y equipo (Bourrienne, 1831, vol. 2, p. 302).

Precisamente, al final de la campaña siria, en el fracasado sitio de Acre, Bonaparte recibió una carta del Directorio, en su mayor parte redactada por Talleyrand, transmitiéndole información ya desfasada sobre la situación en Europa y reconociendo, de facto, la independencia de Bonaparte, al admitir su incapacidad de poder ayudar al general a devolver su ejército a Francia por vía marítima:

Al no ser capaz de daros ninguna ayuda, el Directorio se abstendrá de daros ninguna orden, o ni siquiera instrucciones. Actuaréis de acuerdo con vuestra propia evaluación de la situación y de la fortaleza de vuestra posición en Egipto [...] Nos parece que os quedan tres opciones entre las que podéis elegir. O quedaros en Egipto, fortificándoos para protegeros de los ataques turcos... o marchar hacia la India, donde, si llegáis, no hay duda de que encontraréis hombres dispuestos a unirse a vosotros para destruir el dominio inglés. O finalmente, marchar sobre Constantinopla y enfrentaros al enemigo que os amenaza. De vos depende la elección, de acuerdo con la élite de hombres valientes y distinguidos que os rodean (cit. en Jonquière, 1899-1907, vol. 3, p. 261 y pp. 266-268).

Por el mensaje, parece que el Directorio y el propio Talleyrand podrían haberse tomado en serio el sueño del imperio oriental de Bonaparte. Pero quizá Talleyrand estaba utilizando los mismos sueños del general para camuflar la falta completa de ayuda que el Directorio podía darle. En lo que se refiere a Bonaparte, este mensaje es poco más que una confesión de absoluta incompetencia e ineptitud por parte del Directorio: él quedaba abandonado a su suerte, pero totalmente al mando, sin nadie que le diera órdenes. Dado que la imposibilidad de tomar Acre significaba el fin —al menos, por el momento— de sus sueños orientales, y que no tenía posibilidades de hacer regresar a su ejército a Europa, Bonaparte consideró la opción de

su regreso personal. La posibilidad de volver a Francia era ahora una opción seria, reforzada por su visión cada vez más negativa del gobierno del Directorio, y no deja de ser muy significativo que esta no fuese una de las opciones sugeridas por Talleyrand en su carta: mantener a Bonaparte lejos de Francia, sin posibilidad de retorno, parecía un seguro de vida para el Directorio. Aunque, después, en la hora de la desesperación, el Directorio llegó a manifestar que estaría complacido de verlo regresar, se demostrarían sus precauciones y reticencias iniciales cuando el general recibió nuevas noticias de la cada vez más desfavorable situación para Francia en Europa y tomó la decisión de regresar, el 23 de agosto de 1799. La historia posterior del golpe del 18-19 de Brumario del año VIII (9-10 de noviembre de 1799), el consulado, su proclamación como emperador de los franceses y las guerras napoleónicas es sobradamente conocida.

Los ecos del sueño oriental de Bonaparte y la emulación del modelo de Alejandro Magno seguirían todavía presentes años después, cuando llevó su *grande armée* a la invasión de Rusia, en 1812. En sus breves memorias de la campaña, el veterano Duverger recoge lo que se comentaba en el ejército sobre su destino final:

Algunos dicen que Napoleón ha cerrado una alianza secreta con Alejandro [el zar de Rusia] y que un ejército combinado franco-ruso marchará contra Turquía y ocupará sus posesiones en Europa y en Asia; otros dicen que la guerra nos llevará a las Grandes Indias, para expulsar a los ingleses (Duverger, 1833, p. 1).

## 5. CONCLUSIONES

A lo largo de estas páginas hemos analizado distintos tipos de testimonios relacionados de forma directa o indirecta con la pretendida *imitatio Alexandri* de Napoleón Bonaparte durante la Campaña de Egipto. En primer lugar, los testimonios del joven general en jefe durante los preparativos y desarrollo de la expedición militar y cultural francesa, que hemos podido contrastar con sus testimonios posteriores en forma de memorias, ya como el derrotado emperador Napoleón, durante su exilio final en la isla de Santa Elena. Si en los primeros, procedentes de la correspondencia de Bonaparte con el Directorio o con alguno de sus generales subordinados en Egipto, podemos observar un mayor grado de fiabilidad y percibir igualmente el realismo de los hechos y pensamientos que se estaban produciendo en los mismos momentos de la campaña, en los segundos puede observarse con claridad un discurso reelaborado a posteriori: incluso leemos reinterpretaciones de los hechos acontecidos y revisiones de sus propias palabras, desde la perspectiva de alguien que llegó a convertirse en emperador de los franceses y dominador de Europa y, en esos momentos, lleno de amargura, se veía —ahora sí, después del

primer confinamiento en la Isla de Elba— completamente derrotado, dirigiendo la vista a los momentos de gloria del pasado, y hacia lo que podría haber sido y no fue.

Teniendo en cuenta las características de esos diferentes testimonios de Napoleón, ha sido necesario contrastarlos entre ellos y, desde luego, con los testimonios de terceros, fueran participantes en la Campaña de Egipto, personas presentes allí en aquellos momentos o bien cercanos a la corte imperial en París, o en el destierro de Santa Elena. Por un lado, las palabras del joven Bonaparte recogidas por esos personajes confirman normalmente lo que este transmitía en sus propios documentos, fueran las cartas o las memorias. Por otro lado, las percepciones de aquellos sobre las palabras, actuaciones y actitudes del general reafirman las ideas presentes en los otros tipos de testimonios.

La idea de conquista de Egipto como paso previo a una marcha hacia Asia y la India, siguiendo los pasos del modelo de Alejandro Magno, no solo está presente en Bonaparte cuando prepara la expedición, cuando la lleva a efecto y cuando, años después, la revisite mentalmente en sus memorias, sino que ya se manifiesta en los precedentes de Leibniz, Choiseul o Sartine, cuando aconsejaron respectivamente a los reyes Luis XIV, Luis XV y Luis XVI. Tras la Revolución, Bonaparte tuvo más suerte persuadiendo al Directorio de emprender dicha empresa —con la inestimable ayuda del ministro de Relaciones Exteriores, Talleyrand—<sup>14</sup>. Asimismo, la conquista de Egipto se entendió, ya desde esos primeros proyectos, como paso previo a una expedición hacia Asia que debería llevar a la conquista de la India y el control comercial en Oriente, primero en contra de los rivales holandeses y, según el curso de la historia fue fluyendo, en contra de la Gran Bretaña, sin olvidar además lo que supuso el resultado de la Guerra de los Siete Años: la conquista de la India no solo supondría arrebatarla a los británicos, sino recuperar —que no crear *ex novo*— la presencia francesa en la zona y la idea de un imperio colonial francés allí.

Que estas ideas fueran de la mano de la imitación del gran referente histórico que había supuesto la conquista de Asia y el imperio de Alejandro Magno no resulta extraño. Pero la evocación idealizada del modelo y llevar a la práctica esa *imitatio* en alguna de sus diferentes formas son cosas distintas. A la luz de los testimonios analizados, en la Campaña de Egipto podemos detectar, por una parte, numerosas evocaciones del modelo alejandrino y, por otra, hechos concretos que nos permiten afirmar que la *imitatio Alexandri* de Bonaparte no es solo una convención, o parte de un discurso repetido hasta la saciedad, o una *comparatio*, realizada generalmente a posteriori por cronistas e historiadores, pero que también se manifiesta en el testimonio de Volney. El sueño oriental de Bonaparte para la creación de un imperio entre Asia y África, que incluyese Egipto y la India, en el que la cultura ilustrada francesa se mezclase con las culturas y civilizaciones locales y donde él mismo se

<sup>14</sup> El 13 de febrero de 1798, este había presentado a los miembros del Directorio un «Informe sobre la Cuestión de Egipto», en el que ponderaba las ventajas de la operación y la apoyaba.

convirtiera en gobernante de aquellos diferentes pueblos, incluso como nuevo emperador independiente de Francia, parece ser un hecho contrastado. La política religiosa desarrollada en Egipto en lo tocante al Islam—constantemente relacionada con lo que había hecho Alejandro— y las prácticas de matrimonios entre franceses y egipcias son otros de esos hechos concretos, independientemente del dispar resultado final, que ya conocemos.

Por consiguiente, podemos concluir que, tanto en las evocaciones del modelo histórico como en determinadas prácticas concretas, hubo en el pensamiento y en las acciones de Bonaparte —y de otros— una *imitatio Alexandri* durante la Campaña de Egipto. Pero cuando los franceses —y no solo el joven general— se plantearon la idea de llegar hasta la India y arrebatársela a los británicos, y Bonaparte creía fervientemente en esa idea, llegando a realizar diferentes preparativos logísticos y a desarrollar una actividad diplomática con dicha finalidad, ya no podemos hablar solamente de *imitatio*. Llegados a tal punto, Bonaparte ya no se estaba planteando la imitación del modelo de Alejandro y algunas de sus políticas, sino incluso su superación, llegando más allá de lo conseguido por el conquistador macedonio: así pues, en la Campaña de Egipto y en la posterior Campaña de Siria, además de una *imitatio*, también hubo un intento de *aemulatio Alexandri* que, a la postre, quedaría en nada más que en un sueño al que Napoleón aludiría de forma habitual en sus memorias.

## 6. FUENTES

- Bernoyer, F. (1976). *Avec Bonaparte, en Égypte et en Syrie, 1798-1800*. Abbeville: Éditions Curandera.
- Berthier, L.-A. (1800). *Relation des campagnes du général Bonaparte en Égypte et en Syrie*. París: P. Didot L'Ainé.
- Bertrand, H. G. (1816-1821). *Cahiers de Sainte-Hélène*. Fleuriot de Langle, P. (ed.) (1949-1959), 3 vols. París: Albin Michel.
- Bourrienne, L. A. F. de (1831). *Mémoires sur Napoléon, le Directoire, le Consulat, l'Empire et la Restauration*. 10 vols. París: Ladvocat.
- Denon, D. V. (1802). *Voyages dans la Basse et la Haute Égypte pendant les campagnes de Bonaparte*. 2 vols. París: Didot.

- Desvernois, N.-Ph. (1898). *Mémoires du général-baron Desvernois*. París: Plon, Nourrit et Cie.
- Duverger, B. T. (1833). *Mes aventures dans la campagne de Russie*. París: Crapelet.
- El-Djabarti, Abd-el-Rahman. (1888-1896). *Merveilles biographiques et historiques ou Chroniques du Cheikh Abd-el-Rahman el Djabarti*. 9 vols. El Cairo: Imprimeire Nationale.
- Gourgaud, G. (1823). *Mémoires pour servir à l'histoire de France sous Napoléon*. 2 vols. París: Didot et Bossage.
- Gourgaud, G. (1899). *Sainte-Hélène. Journal inédit de 1815 à 1818*. París: Ernest Flammarion.
- Jonquière, C. de La. (1899-1907). *L'Expédition en Égypte 1798-1801*. 5 vols. París: H. Charles-Lavauzelle.
- Las Cases, E. (1935). *Mémorial de Sainte-Hélène*. 2 vols. París: Editions de la Nouvelle revue française (edición original, París, 1823).
- Leibniz, G. W. (1864). *Projet d'expédition d'Égypte présenté à Louis XIV. En Oeuvres de Leibniz, publiées pour la première fois d'après les manuscrits originaux avec notes et introductions par A. Foucher de Careil, vol. 5*. París: Didot.
- Marmont, A. (1857). *Mémoires du maréchal Marmont, Duc de Raguse, de 1792 à 1841*. 9 vols. París: Perrotin.
- Martin, P. (1815). *Histoire de l'expédition française en Égypte*. 2 vols. París: J. M. Eberhart.
- Napoleón, Bonaparte. (1819-1820). *Correspondance inédite, officielle et confidentielle*. 7 vols. París: Panckoucke.
- Napoleón, Bonaparte. (1869). *Correspondance de Napoléon Ier, Vol. 29: Publiée par Ordre de l'Empereur Napoléon III; Oeuvres de Napoléon Ier A Sainte-Hélène*. París: Imprimerie Imperiale.
- Napoleón, Bonaparte. (1870). *Correspondance de Napoléon Ier, Vol. 30: Publiée par Ordre de l'Empereur Napoléon III; Oeuvres de Napoléon Ier A Sainte-Hélène*. París: Imprimerie Imperiale.

Rémusat, C. de. (1880). *Mémoires*. 3 vols. París: Calmann Lévy.

Saintine, X. y Reybaud, L. (1830-1834). *Histoire scientifique et militaire de l'Expédition Française en Égypte*. 10 vols. París: A.-J. Dénain.

Turc, N. (Nakoula el-Turk). (1839). *L'Expédition des Français en Égypte*. París: Imprimerie Royale.

Volney, C. (1837). Notice sur la vie et les écrits de l'auteur (par Adolphe Bossange). En *Oeuvres Complètes*. (3.ª ed.). París: Bossange frères.

## 7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alessandri, S. (1969). *L'Imitatio Alexandri* augustea e i rapporti fra Orazio e Curzio Rufo. *Studi Classici e Orientali*, 18, pp. 194-210.

Amela Valverde, L. (2006-2008). Una inscripción de Ilium dedicada a Pompeyo. Una nota. *ARYS: Antigüedad. Religiones y Sociedades*, 7, pp. 115-128.

Baharal, D. (1994). Caracalla and Alexander the Great. A reappraisal. *Studies in Latin literature and Roman history*, VII (pp. 524-567). Bruselas: Latomus.

Bainville, J. (1997). *Bonaparte en Égypte. Suivi de: Napoléon en Égypte: poème de Barthélemy et Méry*. París: Balland.

Ballesteros Pastor, L. (1998). Lucio Licinio Lúculo: episodios de *imitatio Alexandri*. *Habis*, 29, pp. 77-85.

Bancalari Molina, A. (2000). Relación entre la *Constitutio Antoniniana* y la *imitatio Alexandri* de Caracalla. *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, 22, pp. 17-29. <https://doi.org/10.4067/S0716-54552000002200001>

Bancalari Molina, A. (2007). La *imitatio Alexandri* y el ecumenismo en Caracalla. En *Orbe romano e Imperio global. La Romanización desde Augusto a Caracalla* (pp. 243-245). Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Barnett, G. (2017). *Emulating Alexander: How Alexander the Great's Legacy Fuelled Rome's Wars with Persia*. Barnsley: Pen & Sword Books.

- Benoist-Méchin, J. G. P. M. (1966). *Bonaparte en Égypte ou le rêve inassouvi*. Lausana: Clairfontane.
- Bernède, A., Chaduc, G. J. (1998). *La Campagne d'Égypte 1798-1801. Mythes et réalités*. París: Musée de l'Armée.
- Blázquez Martínez, J. M.<sup>a</sup> (1990). Alejandro Magno, modelo de Alejandro Severo. En J. M. Croiselle (ed.), *Neronia IV Alejandro Magno, modelo de los emperadores romanos, Actes du IV Colloque international de la Sien*, Col. Latomus (pp. 25-36). Bruselas: Latomus.
- Bohm, C. (1989). *Imitatio Alexandri im Hellenismus. Untersuchungen zum politischen Nachwirken Alexanders des Großen in hoch- und späthellenistischen Monarchien*. Múnich: Tuduv.
- Boudon, L. O. (2018). *La campagne d'Égypte*. París: Belin. <https://doi.org/10.3917/bel.boudo.2018.01>
- Braccesi, L. (1975). *Alessandro e i Romani*. Bologna: Patron.
- Brégeon, J.-J. (1991). *L'Égypte française au jour le jour, 1798-1801*. París: Perrin.
- Brégeon, J.-J. (1998). *L'Égypte de Bonaparte*. París: Perrin.
- Bret, P. (1998). *L'Égypte au temps de l'expédition de Bonaparte: 1798-1801*. París: Hachette littératures.
- Bret, P. (ed.). (1999). *L'expédition d'Égypte : une entreprise des Lumières: 1798-1801. Actes du colloque international organisé par l'Académie des inscriptions et belles-lettres et l'Académie des sciences ... 8-10 juin 1998*. París: Éditions Tec & Doc.
- Bruhl, A. (1930). Le souvenir d'Alexandre le Grand et les romains. *MEFRA*, 47, pp. 202-221. <https://doi.org/10.3406/mefr.1930.7207>
- Carbó García, J. R., Hidalgo de la Vega, M.<sup>a</sup> J. (2008). El ecumenismo romano en la época de Trajano. Espacios de inclusión y exclusión. *Studia Historica Historia Antigua*, 26, pp. 63-86.

- Carbó García, J. R. (2015). *Apropiaciones de la Antigüedad. De getas, godos, Reyes Católicos, yugos y flechas*. Anejos de la Revista de Historiografía, n.º 3. Madrid: Instituto de Historiografía «Julio Caro Baroja» UC3M – Dykinson.
- Castritius, H. (1987). Caracalla, Augustus, und Alexander? En *Zu Alexander der Grosse Festschrift G. Wirth* (pp. 879-894). Ámsterdam: Verlag Adolf M. Hakkert.
- Ceaușescu, P. (1974). La double image d'Alexandre le Grand à Rome. Essai d'une explication politique. *Studii Clasice*, 16, pp. 153-168.
- Charles-Roux, F. (1910). *Les Origines de l'Expédition d'Égypte*. París: Librairie Plon.
- Charles-Roux, F. (1935). *Bonaparte gouverneur d'Égypte*. París: Librairie Plon.
- Cole, J. (2007). *Napoleon's Egypt. Invading the Middle East*. Nueva York: Palgrave McMillan.
- Cracco Ruggini, L. (1986). Un riflesso del mito di Alessandro nell'Historia Augusta. En *III Historia Augusta Colloquium* (pp. 79-89). Bonn: Verlag Dr. Rudolf Habelt.
- Croiselle, J. M. (ed.). (1990). *Neronia IV Alejandro Magno, modelo de los emperadores romanos, Actes du IV Colloque international de la Sien*, Col. Latomus (pp. 58-75). Bruselas: Latomus.
- Daryaei, T. (2007). *Imitatio Alexandri and Its Impact on Late Arsacid, Early Sasanian, and Middle Persian Literature*. *Plectrum*, 12, pp. 89-97.
- De Polignac, F. (1998). Alessandro, o la genesi di un mito universale. En S. Settis (ed.), *I Greci. 2. Una storia greca, III, Trasformazioni* (pp. 271-292). Turín: Giulio Einaudi.
- Dwyer, Ph. G. (2007). *Napoleon, 1769-1799: The Path to Power*. Londres: Bloomsbury.
- Dwyer, Ph. G. (2015). Historias de guerra: las narrativas de los veteranos franceses y la «experiencia de guerra» en el siglo XIX. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 4(7), pp. 108-132.
- Elgood, P.G. (1936). *Bonaparte's Adventure in Egypt*. Londres: Humphrey Milford Oxford University Press.



- Espinosa, U. (1990). La Alexandrofilia de Caracalla en la antigua historiografía. En J. M. Croiselle (ed.), *Neronia IV Alejandro Magno, modelo de los emperadores romanos, Actes du IV Colloque international de la Sien*, Col. Latomus (pp. 37-51). Bruselas: Latomus.
- Frugoni, Ch. (1978). *La fortuna di Alessandro Magno dall'Antichità al Medioevo*. Florencia: La Nuova Italia.
- Galli, M. (2003). The Roman Alexander: patterns of *Imitatio Alexandri* in the Imperial time. En *Soaring Over the Silk Road, Alexander the Great: His Dreams and Real Image, Eastward Shift of Hellenic Culture*. Nara International Foundation Commemorating the Silk Road Exposition (pp. 65-72). Nara: Research Center for Silk Roadology.
- Gómez Espelosín, F. J. (2015). *En busca de Alejandro. Historia de una obsesión*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- Goukowsky, P. (1978). *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre (336-270 a. C.)*. Vol. I: *Les origines politiques*. Nancy: Université de Nancy II.
- Goukowsky, P. (1981). *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre (336-270 a. C.)*. Vol. II: *Alexandre et Dionysos*. Nancy: Université de Nancy II.
- Gracia-Alonso, F. (2017). Mejor César que Alejandro. La concepción del liderazgo militar en los textos clásicos de acuerdo con la interpretación de Napoleón Bonaparte. En B. Antela, J. Vidal, C. Sierra (eds.), *Memoria del conflicto en la Antigüedad* (pp.115-180). Zaragoza: Pórtico.
- Green, P. (1978). Caesar and Alexander: *Aemulatio, Imitatio, Comparatio*. *AJAH*, 3, pp. 1-26. <https://doi.org/10.31826/9781463237394-001>
- Greenhalg, P. (1980). *Pompey, the Roman Alexander*. Londres: Weidenfeld and Nicolson.
- Grilli, A. (1984). Alessandro e Filippo nella filosofia ellenistica e nell'ideologia politica romana. En M. Sordi (ed.), *Alessandro Magno tra storia e mito* (pp. 123-153). Milán: Edizioni universitarie Jaca.
- Grimm, G. (2006). Der Traum des Marcus Aurelius Antoninus: Kaiser Caracalla verfällt dem Alexanderwahn und bewirkt eine höchst folgenreiche Alexanderrenaissance. *AntWelt*, 37.5, pp. 39-46.

- Guzmán, A. (1995). Alejandro y Roma. En E. Falque y F. Gascó (eds.), *Graecia Capta. De la conquista de Grecia a la helenización de Roma* (pp. 11-27). Huelva: Universidad de Huelva.
- Herold, J. Ch. (1962). *Bonaparte in Egypt*. Londres – Nueva York: Hamish Hamilton – Harper & Row.
- Heuss, A. (1954). Alexander der Grosse und die politische Ideologie des Altertums. *Antike und Abendland*, 4, pp. 65-104. <https://doi.org/10.1515/9783110241174.65>
- Kienast, D. (1969). Augustus und Alexander. *Gymnasium*, 76, pp. 430-456.
- Laissus, Y. (1998). *L'Égypte, une aventure savante: avec Bonaparte, Kléber, Menou: 1798-1801*. París: Fayard.
- Laurens, H., Gillispie, Ch.-C., Golvin, J.-C. (1989). *L'expédition d'Égypte, 1798-1801*. París: Armand Colin.
- Lentz, Th. (2016). *Mémoires de Napoléon (2). La campagne d'Égypte 1798-1799*. París: Tallandier
- Michel, D. (1967). *Alexander als Vorbild für Pompeius, Caesar und Marcus Antonius. Archäologische Untersuchungen*. Col. Latomus, 94. Bruselas: Latomus.
- Mínguez Cornellés, V. M. y Rodríguez Moya, I. (2014). *Napoleón y el espejo de la Antigüedad. Arqueología de las imágenes del poder*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Mínguez Cornellés, V. M. y Rodríguez Moya, I. (en prensa). *Emulating Alexander. Studies on the visual legacy of the King of Macedonia from the Renaissance to the Age of Revolution*. Leiden: Brill.
- Mínguez Cornelles, V. M. (2021). Escenas de la corte de Alejandro Magno y su recepción en la Edad Moderna. *Libros de la corte. Es*, 23, pp. 276-298. <https://doi.org/10.15366/ldc2021.13.23.011>
- Molina Marín, A.I. (2015). Desmontando un tirano perfecto: Caracalla y la *imitatio Alexandri*. *Studia Historica Historia Antigua*, 33, pp. 223-250.
- Murat, L., Weil, N. (1998). *L'expédition d'Égypte. Le rêve oriental de Bonaparte*. París: Découverte Gallimard.

- Nenci, G. (1958). Realità e leggende occidentali di Alessandro. En *Introduzione alle guerre persiane e altri saggi di storia antica* (pp. 213-258). Pisa: Libreria Goliardica.
- Nenci, G. (1992). *L'imitatio Alexandri*. *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la antigüedad clásica*, 4, pp. 173-186.
- Nolin O. (1998). *Bonaparte et les savants français en Égypte: 1798-1801*. París: Éd. Mille et une nuits: Arte éditions.
- Ogden, D. (2009). Alexander, Scipio and Octavian: Serpent-Siring in Macedon and Rome. *SyllClass*, 20, pp. 31-52. <https://doi.org/10.1353/syl.2010.0000>
- Parisi Presice, C., Bernacchio, N. y Munzi, M. (eds.). (2021). *Napoleone e il mito di Roma. Catalogo della mostra. Mercati di Traiano Museo dei Fori Imperiali, 4 feb – 7 nov 2021*. Roma: Gangemi editore.
- Plácido, D. (1990). Alejandro y los emperadores romanos en la historiografía griega. En J. M. Croiselle (ed.), *Neronia IV Alejandro Magno, modelo de los emperadores romanos, Actes du IV Colloque international de la Sien*, Col. Latomus (pp. 58-75). Bruselas: Latomus.
- Requena Jiménez, M. (2001). El emperador predestinado. Los presagios de poder en época imperial romana III. Alejandro Severo, el nuevo pérsico. *Cuadernos de la Fundación Pastor*, 2001, pp. 105-145.
- Richard, J.-C. (1974). Alexandre et Pompée: à propos de Tite-Live IX, 16, 19-19, 17. En *Mélanges de philosophie, de littérature et d'histoire ancienne offerts à Pierre Boyancé* (pp. 653-669). Roma: Publications de l'École française de Rome.
- Richardson, J. S. (1974). Alexander-Imitatio und Römische Politik in Republikanischer Zeit by O. Weippert. *JRS*, 64, p. 238. <https://doi.org/10.2307/299284>
- San José Campos, C. (2020). La *imitatio Alexandri* de Aníbal Barca. *Studia Historica Historia Antigua*, 38, pp. 21-48. <https://doi.org/10.14201/shha2020382148>
- Sánchez León, M.ª L. (1990). Poder político y geografía a comienzos del principado. En J. M. Croiselle (ed.), *Neronia IV Alejandro Magno, modelo de los emperadores romanos, Actes du IV Colloque international de la Sien*, Col. Latomus (pp. 76-99). Bruselas: Latomus.

- Sánchez León, M.<sup>a</sup> L. (2000). Los emperadores romanos y la *imitatio* de Alejandro Magno. *Veleia*, 17, pp. 93-102.
- Solé, R. (2001). *La expedición de Bonaparte y el nacimiento de la Egiptología*. Barcelona: Edhasa.
- Solé, R. (2006). *Bonaparte à la conquête de l'Égypte*. París: Editions du Seuil.
- Spencer, D. (2002). *The Roman Alexander. Reading a Cultural Myth*. Exeter: University of Exeter Press.
- Strathern, P. (2009). *Napoleón en Egipto*. Barcelona: Planeta.
- Tisé, B. (2002). *Imperialismo romano e imitatio Alexandri: due studi di storia politica*. Lecce: Università di Salento.
- Torregaray Pagola, E. (2003). La influencia de la figura de Alejandro Magno en la tradición escipiónica. *Gerión*, 21(1), pp. 137-166.
- Thiry, J. (1978). *Bonaparte en Égypte*. París: Éditions Berger-Levrault.
- Tranié, J. (1988). *Bonaparte: la campagne d'Égypte*. París: Pygmalion.
- Treves, P. (1953). *Il mito di Alessandro e la Roma di Augusto*. Milano-Napoli: Riccardo Ricciardi.
- Van T'Dack, E. (1986-1989). Alexandre le Grand dans l'H.A. Vita Severi Alexandri 30.3 et 50.4. *BHAC*, pp. 41-60.
- Weippert, O. (1972). *Alexander-imitatio und römische Politik im republikanischen Zeit*. Würzburg: Universität Würzburg - Augsburg.
- Wirth, G. (1976). Alexander und Rom. En E. Badian (ed.), *Alexandre le Grand. Image et réalité*, Entretiens sur l'Antiquité classique, 22 (pp. 181-221). Ginebra: Vandœuvres-Genève - Fondation Hardt.
- Zecchini, G. (1984). Alessandro Magno nella cultura dell'età Antonina. En M. Sordi, *Alessandro Magno tra storia e mito* (pp. 195-212). Milán: Edizioni universitarie Jaca.